

EPILOGOS

Un junio recordado

Fue ayer, el mes de junio, esplendoroso, campos llenos de color y lozanía, exultantes, alumbrando por doquier los matices de la abundancia, ricos dones y frutos guardados para sí en sus entrañas, cuando nuestros sentidos se recrearon contemplando lo que por tanto tiempo nos había sido hurtado a la vista.

Hoy, postrimerías del mes de julio, el olor a mies segada lo invade todo. Por todos los caminos topamos con los frutos ya maduros o a punto, de los que hace bien poco solo eran perfumes, flores y atisbos. Y los ingenios de la moderna técnica agrícola, desafiantes, frescos como el primer día, se afanan, invaden espacios, cortan las últimas espigas. Se añora el mimo de antaño, cuando manos encallecidas desde el comienzo, prodigaban abrazos sin cesar, en aquel larguísimo recorrido, hasta que el grano llegaba a los trojes, hasta la misma mesa.

Mes de julio éste, caluroso y de soles radiantes, atmósferas diáfanas; limpias y puras, aquí, en las tierras del Sur de esta Sierra turolense, donde acostumbro a solazarme todos los veranos.

No es mucha la gente que a estas fechas ha llegado a este pequeño paraíso; pero se está a la espera de un casi lleno, como siempre. Que gente mayor no es fácil que olvide el origen, falte a la cita, y arrastrará consigo a la prole nacida ya lejos; encariñada cada vez más de estos lugares que por herencia le pertenecen; aunque falten muchos, no precisamente estigmatizados en sus pasiones o recuerdos de pasadas vivencias aquí, más bien por imperativos, exigencias de la propia vida en su devenir, en los innumerables aconteceres.

Y así vamos metiendo, minuto a minuto, hora a hora, en los primeros días del mes de un agosto tórrido, inclemente a veces, viendo a cada instante las caras nuevas que llegan; prodigando saludos y abrazos, deambulando sin rumbo fijo hacia ese cualquier sitio que tanto gusta, sin medir el tiempo; espacios libres que notas cómo se te entregan, sintiéndote dueño absoluto de ellos, sin que nadie se atreva a turbar tu asueto, que aquí está prohibido y nadie osará contravenir el ritual cotidiano.

Saben a gloria y huelen a incienso depurador de cuerpos y espíritus, esos pequeños, y prolongados, paseos matutinos o vespertinos, por caminos y veredas mil veces recorridos. Es repetición incesante y puntual, necesaria, diría yo, todos los días, sin que aparezca el

cansancio, donde surgen recuerdos del ayer, conversaciones, que dibujan y adornan magistralmente cada trecho del camino en apetecibles, nuevamente deseados por la añoranza, hitos, momentos pasados, aunque con frecuencia llegaban a conturbar los deseos de seguir.

Y cada día, cada momento, al regreso a la casa, al hogar que conserva para ti el recuerdo y gozo de la llegada a la vida, saborearás la dicha que te espera para reponer de la fatiga, entre las paredes viejas, remozadas o nuevas, que tanto da, de ese solar que te pertenece, con el recuerdo de las alegrías allí vividas y las lágrimas derramadas.

Y paras poco en casa. Los tiempos justos para reponer las fuerzas esparcidas por los caminos. Y reparas apenas en la variedad de los manjares en la mesa, en los ágapes que te ofrecen, no importa; aquí, a la hora de los yantares, todo se torna en succulencias, y la más humilde ingesta, del más humilde producto, que se refleja en la vieja jarra de agua fresca que rezuma perlas, se convierte en juego de placeres, que tendrá feliz remate y solaz en siestas deliciosas, inacabables. Se dejará para luego la larguísima sobremesa, o sobresiesta, como guste llamar, hasta que sea la hora, cuando el sol pierda fuerza, baje los humos. Porque hay que mantener y refrescar la memoria en ese patio que te espera, en el quicio de la puerta; a la sombra, bien *ensobinado*, cuando está solo, que así llegan mejor los recuerdos; o contando los nuevos chismes del día y un montón de cosas, que hacen de estas tertulias familiares o vecinales, o del estar solo, algo que no puede faltar. Que aquí los días apenas cuentan y pasan, y hay que mirar el reloj continuamente para saber en qué día vives. Y lo mismo te llega la noche sin apenas darte cuenta. Aquí los vicios son pocos, solo pequeñas necesidades y el sentirse bien está asegurado. Y en los ratos libres que te deja el ocio, no va mal una partida de cartas, de dominó y hasta se juega a la morra, ese grito de juventud que tanto se oye por la Sierra. Todo natural, sin resabios ni arreglos, en el típico bar de Jorge, atendidos con el calor de la propia casa, sabiendo que se está desempeñando un servicio necesario y social, no fomentando el vicio.

Desde este singular bar de mi pueblo, en lo alto del no menos singular, bello y soberbio edificio construido para Casa de Cultura, que a sus cuarenta y tantos años de su construcción se mantiene arrogante y como nuevo. Desde su encantadora terraza, oteo a diario en todas las direcciones, un bello horizonte, solo interrumpido por sus verdes y cercanas montañas. Abajo las calles, inmaculadas, limpias, coquetas, de este pueblo apacible y bello.